



E S P A C I O A B I E R T O



Marta Rivera de la Cruz

Otra vida para Cristina

ANAYA



1.ª edición: abril 2007
8.ª edición: febrero 2015

© Marta Rivera de la Cruz, 2007
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2007
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-667-6243-4
Depósito legal: BI-3083-2011

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



E S P A C I O A B I E R T O



Marta Rivera de la Cruz

Otra vida para Cristina

ANAYA

¡Cristina! ¡Cristina!

Me llamaban y yo quería contestar, pero no podía. Sin embargo, era capaz de ver las batas blancas, de oír mi nombre, de notar la velocidad de la camilla que me llevaba deprisa, deprisa por los pasillos del hospital.

—¡Cristina!

El coche había dado muchas vueltas de campana. Yo iba dormida y me desperté con el golpe, pero, no sé por qué, no grité ni pedí auxilio, ni siquiera cuando el coche se paró y empezó a llegar gente para ayudarnos. Fue uno de ellos quien lo dijo, chillando:

—¡Sacad a la niña! ¡Los otros están muertos!

Luego me quedé como dormida y ya no recuerdo nada más hasta que llegué al hospital y los médicos y las enfermeras empezaron a rodearme, a decir mi nombre a gritos, Cristina, y yo quería contestarles que estaba bien, pero las palabras se me quedaban atravesadas en la garganta. Ahora creo que era porque sabía que la primera vez que hablara tendría que ser para preguntar por mis padres, y alguien, el médico de la bata blanca o quizá la enfermera, me

confirmaría lo que yo ya sospechaba: que papá y mamá habían muerto en aquella carretera que nos traía de regreso de nuestras vacaciones de esquí.

Pasé muchos días en el hospital, no recuerdo cuántos exactamente. Sé que me operaron porque me lo dijeron más tarde y además tengo un costurón a la altura de la barriga. Después de la operación estuve horas y horas como atontada, durmiendo un montón a pesar de que yo quería estar despierta y luchaba por espabilarme. Pero no podía. Era como si el cuerpo no me obedeciera. Sin embargo, a veces podía oír las voces de todos los que entraban en mi habitación, que estaba siempre llena de gente. Venían a verme los amigos de mis padres, que se acercaban a mi cama y me acariciaban el pelo. A muchos de ellos los conocía por la voz, por el olor incluso y porque se llamaban unos a otros. Un día vinieron mis tíos, los que viven en Berlín, y la tía Claudia, que solo habla alemán, me dio un beso en la mejilla y me dijo: «*Meine Liebe*», mientras una lágrima suya me mojaba la nariz. En aquellos días escuché muchas cosas. Era como cuando tenía ocho o nueve años y me acurrucaba junto a la puerta del salón cada vez que mis padres tenían invitados para oír las conversaciones de los mayores. Ahora no hacía falta que me escondiera en el pasillo: allí estaban todos, hablando como si nada, pensando que yo no les oía. Así me enteré de que mi padre había perdido el control del coche porque iba a doscientos.

—A esa velocidad, ya me dirás. Ni frenos de disco ni airbag ni nada de nada. Es casi un milagro que la niña no se matara también. La salvó el cinturón, que lo llevaba puesto.

Es verdad que papá corría mucho. Mamá siempre se lo estaba diciendo, un día vamos a tener un disgusto, pero él no le hacía ni caso. Había comprado un coche muy bueno, un BMW, y mi padre decía que era una cámara acorazada y que con un coche así estábamos muy seguros. En el fondo, yo pensaba que más seguros estaríamos yendo un poco más despacio. A mí me daba miedo cuando papá empezaba a pisar el acelerador y parecía que íbamos a echar a volar con coche y todo, pero nunca se lo dije, quizá porque a él se le veía muy feliz poniendo el motor a toda pastilla, aunque mi madre torciese el morro y yo cerrase los ojos en la parte de atrás.

Escuchando a los demás me enteré de que mis padres habían muerto allí mismo (aunque eso ya se lo había oído decir al hombre que chillaba mientras intentaba ayudarme) y que lo que me habían hecho en el quirófano era quitarme el bazo. Sabía dónde estaba el bazo porque en el colegio habíamos estudiado el cuerpo humano, pero ya no me acordaba de para qué servía. Supongo que, si me lo habían sacado sin ponerme otro, tampoco debía valer gran cosa, así que no me impresionó saber que a partir de entonces iba a ir por ahí sin una de las piezas de mis entresijos.

La gente que se reunía en mi habitación hablaba mucho de mí. Casi todos decían lo mismo: pobre pequeña, pobre criatura, qué desgracia tan grande, sin padres a los doce años...

—¿Tiene familia?

—Los padres de Bruno. Pero son muy mayores, y él está enfermo... Lleva tres años con alzheimer, el pobre.

—¿Y los padres de Violeta?

—Murieron hace tiempo. Ella tenía una hermana que vive en Galicia.

—Pero Bruno tenía un hermano...

—Sebastián, el que vino el otro día con la rubia explosiva. Viven en Alemania.

—Pues menudo panorama para la cría...

En aquellos días tan raros, la voz que más escuchaba era la del tío Fede, que no es mi tío, pero como si lo fuese. Fede era el abogado de mi padre, y cuando no estaba viajando (porque se pasaba el día de la Ceca para la Meca), venía a mi casa a cenar o a comer paella los domingos. Yo a Fede lo quería mucho porque siempre se ponía de mi parte. Cuando mi padre me castigaba. Cuando no querían dejarme ir a una fiesta de cumpleaños en la disco *light*. Cuando me prohibían ver *Gran Hermano*. Mi padre decía que, como Fede no tenía hijos, se dedicaba a maleducar a los de los demás. Ahora que estaba en el hospital, Fede se pasaba las horas entrando y saliendo de la habitación, cogiéndome la mano o colocándome el pelo sobre la almohada. Era él quien informaba sobre mi estado a los que iban llegando.

—Está estable, los médicos dicen que se va a recuperar, pero la van a tener sedada durante unos días.

Cuando vino el tío Sebastián, él y Fede estuvieron hablando de mí durante mucho rato. De mí y de mi futuro, eso fue lo que dijeron, hay que hablar del futuro de Cristina, y me alegré un montón de poder escuchar sin que ellos se dieran cuenta.

—¿Tú cómo lo ves?

—No sé, Fede. Con mis padres no puede quedarse, eso desde luego. Papá cada vez está peor, y mi madre bastante tiene con cuidar de él. Además, no creo que el de esa casa sea el mejor ambiente para una niña.

—¿Y con vosotros?

—No tengo ningún inconveniente en llevármela a Berlín, y Claudia está de acuerdo. Pero Cristina no

habla alemán. Tiene doce años, es una edad difícil. ¿Cómo va a empezar en una nueva escuela donde no conoce el idioma, cómo va a hacer amigos? Y, además, ni Claudia ni yo hemos tenido mucho trato con ella. Para Cristina, y me duele decirlo, somos dos extraños. Quizá sea mejor un internado...

—Eso ni hablar. ¿Y los fines de semana? ¿Y las vacaciones? En un internado se sentiría más huérfana que en ningún otro sitio.

Se quedaron callados durante un rato. Afortunadamente, ya habían descartado lo de Berlín. La tía Claudia es muy buena y creo que me quiere mucho porque cuando viene me trae regalos a montones y me achucha constantemente, pero me volvería loca si tuviese que vivir con ella. En cuanto a lo del internado..., mejor ni pensarlo.

—También he considerado la posibilidad de traerla a vivir conmigo —al oír eso estuve a punto de sacudirme la modorra y saltar gritando, sí, sí, por favor, Fede, pero el tío no había acabado de hablar—, pero lo cierto es que eso tampoco tendría ni pies ni cabeza. Me paso el día de viaje... y, la verdad, no creo estar preparado para educar a una niña que dentro de poco dejará de serlo.

—Bueno, y entonces, ¿qué?

—Pues... hoy he hablado con Virginia.

Me costó trabajo recordar que Virginia era hermana de mi madre. Yo ni siquiera la conocía, aunque creía recordar que vivía en Galicia. Mamá nunca hablaba de ella (sin embargo, mira que papá daba la lata contando batallitas del tío Sebastián) y, si alguien le preguntaba por su hermana Virginia, contestaba siempre: «Por ahí anda». Y punto.

—¿Y?

—Virginia no sabía nada de la muerte de Violeta y Bruno. Se quedó de piedra, Sebastián. No sé, creo

que alguien hubiera debido llamarla inmediatamente, ni siquiera pudo venir al entierro, una cosa es que hubiera tenido un problema con su hermana y otra... En fin, eso ya no tiene arreglo. El caso es que se ha ofrecido a acoger a Cristina. Me ha dicho que vive sola, que tiene una casa grande, que en el pueblo hay un buen colegio... Es una solución.

—No lo sé, Federico. ¿Tú crees que después de lo que pasó...?

—Eso fue hace siglos y no tiene nada que ver con la niña.

—Ya, pero..., bueno, Virginia y Cristina ni siquiera se conocen.

—Al fin y al cabo, son tía y sobrina...

—A mí eso de la voz de la sangre me parece una memez.

—Entonces, ¿qué? ¿Mandamos a Cris a un internado y en vacaciones a media docena de campamentos? ¿O te la llevas tú a Berlín para que se sienta como una analfabeta de doce años? Piénsalo, Sebastián. Lo de Virginia es un mal menor.

El tío Sebastián estuvo callado unos segundos.

—Bueno, podemos probar por unos meses...

—En eso estaba pensando. Hasta después del verano. Después hablaremos con la niña. Si no está contenta, si es infeliz con Virginia, buscaremos otra solución. Te aseguro que solo estoy pensando en el bienestar de Cristina.

En aquel momento entró la enfermera, que venía todos los días a lavarme con una esponja y una toalla áspera, y Fede y el tío Sebastián salieron de la habitación. Así que ya estaba decidido: iban a enviarme con Virginia, de la que yo solo sabía que se llevaba muy mal con mi madre, tan mal que no se hablaban, vaya. Con Virginia, que vivía en un pueblo a cientos de

kilómetros de Madrid. Con Virginia, a la que no había visto en toda mi vida. Vamos, que tenía muy pocos motivos para estar contenta. Sin embargo, había algo que me consolaba: el tío Fede había hablado de encontrar una solución si me sentía desgraciada. Quizá solo se trataba de esperar unos cuantos meses y después... después el tío Fede se daría cuenta de que había sido un error enviarme al quinto pimiento a vivir con una señora antipática que no sabía nada de mí. Y entonces me llevaría con él. Porque, ya que no tenía a mis padres, el tío Fede se me antojaba lo más parecido a una familia. Mucho más que el tío Sebastián, del que papá aseguraba que era alemán perdido, y la tía Claudia, que me llamaba *meine Liebe* y me mojaba la nariz con sus lágrimas saladas.

Al día siguiente de aquella conversación pude despertarme por primera vez. Fede estaba al lado de mi cama, y también el tío Sebastián y la tía Claudia (llorando, claro) y otros dos amigos de mis padres. Uno por uno me abrazaron y me besaron y me dijeron que había sido muy valiente (no sé por qué) y luego se marcharon todos menos Fede y Sebas. En cuanto nos quedamos solos los tres, el tío Fede se sentó en la cama y me dijo que papá y mamá habían muerto en el accidente. No sé por qué me eché a llorar como si acabara de enterarme. Supongo que muy en el fondo seguía queriendo creer que todo había sido un sueño, el porrazo con el coche, los gritos de la gente, las carreras por el hospital, todas y cada una de las conversaciones que había escuchado mientras parecía dormida, pero estaba despierta. Ahora ya no había forma de hacerse ilusiones. Papá y mamá se habían marchado para siempre. Aquella tarde lloré mucho, tanto que el tío llamó al médico para que me pusieran un calmante que me

dejó como idiotizada. No se me quitó la pena, pero por lo menos me quedé dormida. Supongo que, por muchos calmantes que me dieran, la tristeza siempre estaría ahí.

Los días siguientes fueron un rollo. Estaba harta de estar en la cama y de la comida del hospital, aunque, para qué engañarnos, era bastante mejor que la que nos daban en el comedor del colegio. También empezaron a venir a verme mis amigas de clase y me trajeron chuches, flores y otros regalos: una camiseta de Zara, un pijama nuevo, el sexto libro de Harry Potter, que había salido aquellos días... Al ver el libro, me di cuenta de que ahora tenía algo en común con Harry: los dos éramos huérfanos, los dos estábamos solos en el mundo. Pero él tenía un don especial con el que enfrentarse a la falta de sus padres. No sé si me hubiese sentido más feliz de haber sido capaz de volar en una escoba. Supongo que sí. Y, mientras desenvolvía mis regalos, mis amigas me contaban cosas del colegio, que había llegado una profesora nueva, que las habían castigado a todas porque alguien puso un petardo en el gimnasio y nadie confesó quién había sido, que el director se había hecho un implante de pelo y parecía un muñeco de Famosa... Sin embargo, y a pesar de que todas fueron muy amables y muy cariñosas, notaba que algo había cambiado entre ellas y yo. Ya nada podía ser lo mismo: yo era una chica diferente a todas, alguien tocado por la desgracia. Una huérfana. Un bicho raro a quien, por su mala suerte, había que cuidar y mimar. ¿Cómo iba a tener una relación normal con mis amigas si, a partir de ahora, todo el mundo consideraría una crueldad hacerme burla, reírse de mí,

criticarme, llevarme la contraria solo por chingar, en fin, todas esas cosas que hacemos entre nosotras las chicas de doce años sin que eso signifique que no somos amigas? Ya me imaginaba lo que iban a decir a partir de ahora los profesores del colegio y las personas mayores que me rodeaban: no os metáis con Cristina, pobrecita, bastante tiene ella con lo suyo. Y en eso tenían razón: bastante tenía con haber perdido a mis padres como para encima sentir que todo el mundo me miraba como a un marciano.

La tarde que el tío Fede me contó que iba a vivir con Virginia, no dije nada. Había tomado la decisión de cerrar el pico y no crear problemas, aparentando cierta docilidad. Así, cuando unos meses después llamase al tío para contarle que me sentía la chica más desgraciada del mundo, se tragaría el cuento como si tal cosa. Sin embargo, si ahora me dedicaba a llorar y a patalear (y conste que sé hacerlo, como todo el mundo, y si no que le hubieran preguntado a mi padre cuando no quiso llevarme al campamento de verano y al final tuvo que pasar por el aro), si ahora me ponía a protestar a grito pelado, después Fede no me haría ningún caso e interpretaría mi llantina como otra *perrencha* de una niña pequeña. No soy idiota, nunca lo he sido. Sabía que tocaba tragar. Así que interpreté el papel de la niña buena que hace todo lo que le dicen los mayores. Solo dudaba si sería capaz de representar ese mismo papel durante el tiempo de prueba que iba a permanecer junto a la tía Virginia.